

**José Chávarry**

**De ilusiones y fracasos: el problema del intelectual y el discurso revolucionario  
en *Pobrecito poeta que era yo...* de Roque Dalton y *Los compañeros* de Marco Antonio Flores**

The Graduate Center, City University of New York

[josechavarry90@gmail.com](mailto:josechavarry90@gmail.com)

La revolución no es un sueño, sabelo, entendolo de una vez,  
métetelo en la cabezota pelona [...] La revolución son vergazos y  
muerte, no carbúrex ni palabras. Solo el que está convencido de esa  
movida puede estar claro en la onda.

*Marco Antonio Flores, Los compañeros*

La cita de *Los compañeros* (1976), del guatemalteco Marco Antonio Flores, alude al problemático rol del intelectual en las revoluciones centroamericanas de mediados del siglo XX. La obra de Flores, junto a otras como *Pobrecito poeta que era yo...*, novela póstuma del escritor salvadoreño Roque Dalton, cuestiona y problematiza la noción del intelectual, usualmente joven, educado y de clase media, como partícipe y líder en los movimientos armados de resistencia y revolución contra los sistemas políticos, económicos y sociales dominantes. A través de monólogos interiores y diálogos entre sus personajes, por la mayoría jóvenes varones intelectuales, frecuentemente catalogados “poetas”, Dalton y Flores apuntan a la dificultad de reconciliar un discurso revolucionario –ciertamente heterogéneo e impreciso– con la acción necesaria para llevar a cabo cambios políticos y sociales.

En este ensayo, propongo un análisis comparativo entre *Pobrecito poeta que era yo...* y *Los compañeros* como dos obras que reflejan la transformación en el discurso revolucionario centroamericano: desde las formulaciones intelectuales de una generación comprometida con el desarrollo nacional, a la desilusión y el desmoronamiento de estas. Busco analizar cómo la función ambigua y problemática de la figura del intelectual en la revolución, tal como la presentan Dalton y Flores, proviene de un discurso revolucionario carente de coherencia y poco concretizado. Esto se formula de modos diferentes en las dos novelas aludidas: en *Pobrecito poeta que era yo...* los intelectuales debaten el rol del intelectual en la revolución, pero, al parecer, no son capaces de desligarse de la mentalidad teórica y retórica que los aleja de las clases bajas a quienes pretenden representar. Si Dalton presenta las tribulaciones y dificultades internas del grupo intelectual, Flores muestra a un grupo ya fracasado, al cual le ha sido imposible realizarse como agentes de cambio social. Esto se debe a que *Los compañeros* presenta la ideología revolucionaria fragmentada y contradictoria, a la cual sus personajes se ven atraídos por razones personales y no por un ferviente marxismo o por un deseo de generar profundos cambios sociales. Según Gramsci, aunque “[i]n the process [of development] [...] there continually recur moments in which a gap develops between the mass and the intellectuals” (335), el propósito final de llevar a cabo la Revolución haría posible superar estas distancias. Sin embargo, *Pobrecito poeta que era yo...* y *Los compañeros* resaltan la dificultad –si no la imposibilidad– de reconciliar al intelectual y al pueblo, lo que obstaculiza el éxito de los proyectos revolucionarios.

El tema del intelectual latinoamericano ha generado una tradición literaria, crítica e historiográfica enorme, cuya envergadura este trabajo no podría examinar. Se puede tomar, sin embargo, como un punto de partida, al hito del ensayo latinoamericano que es *La ciudad letrada*, en el cual Ángel Rama describe la “razón ordenadora” que subyace la organización de las ciudades fundadas en las colonias españolas, y el rol de la escritura y, sobre todo, los letrados, en su construcción y desarrollo. Para Rama, aquellos “que manejaban la pluma” no solo constituían funciones de poder, sino también eran la voz de todo individuo excluido de la ciudad letrada; su

propósito era unir este individuo al orden sociopolítico vigente. Abogando por la educación de las masas y fomentando nacionalismo, estos intelectuales, propone Rama, buscaron transformar la ciudad letrada, de un grupo aristocrático, a un grupo socialmente más heterogéneo. Señala Rama que, motivados por su nacionalismo, algunos intelectuales de comienzos del veinte, entre los cuales figuran Azuela y Vasconcelos, si bien se adherían al discurso intelectual europeo lo hacían

adaptándolo a las propias pautas socio-políticas [...] aun inscribiéndose en el marco universal, oscilaron entre diversas vías que todas se componían de un modo u otro con la singularidad del continente en que habían nacido y se habían formado, *sin apartarse demasiado del horizonte local* (*La ciudad* 88-89; énfasis mío, J.Ch.).

Sería difícil, sin embargo, aplicar estas características a los intelectuales de mediados del siglo veinte –los intelectuales que protagonizan las obras de Dalton y Flores–. La ideología revolucionaria de Centroamérica, movimiento izquierdista radical que surge en contra de proyectos anticomunistas y reformistas, se basaba casi en su totalidad en las teorías marxistas de la época. Jean Franco ha señalado que el marxismo y los partidos comunistas, los cuales llegaron a la cima de su popularidad en Latinoamérica en la década de los cincuenta, atrajeron a los intelectuales “because [they] offered a rational explanation of inequality and the goal of liberation from imperialism, both formal and informal” (59). Sin embargo, y aun cuando estos grupos esposaban una estricta adherencia a los dogmas marxistas, la ideología revolucionaria era, como propone el guatemalteco Arturo Arias, ambigua y contradictoria, “una especie de populismo romántico antiimperialista carente de coherencia” (50). Según Arias, los grupos izquierdistas se autodenominaban marxistas más por su rechazo del imperialismo estadounidense que por conocimiento o convicción en los ideales a los que se adherían (ver 50). De forma semejante, Jorge Castañeda ha señalado que, mientras el objetivo del proyecto marxista en Latinoamérica era el de llevar a cabo una revolución comunista, el enemigo principal era el imperialismo, representado por los Estados Unidos. Como señala Franco, esta simplificación del marxismo

llevaría a problemas internos dentro de la ideología revolucionaria (ver 60). De esta manera, se puede observar que el movimiento marxista-revolucionario que emerge a mediados de siglo, estaba ya, desde un comienzo, basado más en desafiar a una hegemonía exterior que en desarrollar un proyecto de reforma nacional basado en una identidad nacional propia. Es esto, quizás, lo que yace al centro de la problemática que Dalton y Flores examinan en sus respectivas novelas: los intelectuales actúan *en contra* de una hegemonía dominante, mas no formulan un proyecto concreto y *propio* que reemplace a dicha hegemonía.

Valdría la pena examinar brevemente la situación histórica de Guatemala y El Salvador para mejor contextualizar los discursos de Flores y Dalton. Durante la Guerra Fría, Estados Unidos se involucraron políticamente en los países centroamericanos con el fin de frenar el avance del comunismo y frustrar la expansión del dominio soviético. A raíz de esto, el gobierno norteamericano apoyó a los gobiernos dictatoriales, no, como sugiere Peter Smith, por estar a favor del autoritarismo sobre la democracia, sino porque “dictatorial regimes would be more predictably and efficiently anticommunist than other types of governance, including democratic systems” (131). En Guatemala la CIA financió la invasión de 1954 que acabó con el gobierno democráticamente elegido de Jacobo Árbenz, quien había llevado a cabo acciones, denominadas “socialistas” por el gobierno estadounidense, como la nacionalización de las plantaciones agrícolas (ver Franco 23). La intervención norteamericana colocó al general Carlos Castillo Armas en su lugar, terminando una década de reformas en Guatemala. Más aun, el nuevo régimen impuso reglamentos, como el control de sindicatos y la censura de ciertos textos, para frenar el avance de ideas socialistas (ver Smith 138). Los grupos de resistencia que surgieron, entre ellos las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), adaptaron “la necesidad de la vía armada como camino para realizar la revolución” (Arias 51). Es esta etapa del guerrillerismo en Guatemala, carente, como lo describe Arias, de “una estrategia coherente”, que Flores examina en *Los compañeros*. La obra de Dalton se sitúa a principios de la década de los sesenta, en medio de las más de cuatro décadas de gobiernos militares que se iniciaron en 1931 y duraron por casi todo el siglo veinte. Durante estas décadas, los Estados Unidos también buscaron reprimir los avances

comunistas, enviando tropas y entrenando al ejército salvadoreño para combatir a grupos guerrilleros. Dalton perteneció a uno de estos grupos, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y fue asesinado por sus propios compañeros debido a diferencias ideológicas internas. El otro momento histórico que subyace las obras de Dalton y Flores es, obviamente, la Revolución Cubana, la cual no solo marcó el ejemplo revolucionario a seguir, sino que dio la esperanza a los grupos revolucionarios del resto de Latinoamérica de que la visión comunista era factible. Los hechos de 1959 señalaron “un camino para el continente latinoamericano” y fueron seguidos “con una atención especial, mezcla de admiración y perplejidad en otras regiones” (Gilman 370).

### **Cuestionamientos y contradicciones: el capital cultural en *Pobrecito poeta que era yo...***

Pedro Orgambide, novelista y ensayista argentino, mantiene que la novela póstuma de Dalton admite y promueve una lectura política, cuyo “núcleo de interés es el del intelectual, que dentro de la estructura dominante, intenta una interpretación de su propia actividad” (Orgambide 366). Estas valoraciones se realizan, en *Pobrecito poeta que era yo...* (PPQEY)<sup>1</sup>, a través de diversas formas discursivas, como el monólogo interior en los capítulos “Roberto” y “José”, la conversación entre varios poetas en “Todos”, el diario en “Mario” y en el “Intermezzo apendicular”, una serie de documentos complementarios a las narrativas individuales de los poetas. La variedad discursiva, la riqueza lingüística y el uso magistral a nivel “lexical, sintagmático, estructural, argumental, ambiental, ideológico; sobre todo ideológico-estético”, hacen de PPQEY la novela que “inauguró una nueva narrativa salvadoreña” (Melgar Brizuela 357).

En el capítulo “Todos”, una conversación entre varios poetas durante una fiesta, se pueden analizar no solo las diferentes aproximaciones a una ideología revolucionaria, sino también la profunda distancia entre el grupo intelectual y las masas de la clase baja. “¿Cuál es para vos entonces el papel social de los intelectuales revolucionarios?” pregunta uno de ellos, recibiendo

---

<sup>1</sup> De aquí en adelante me referiré a la novela por las siglas PPQEY.

un número variado de respuestas. Por un lado, alguien opina que lo primordial es “conocer bien a nuestro país, profundizar en la esencia de lo salvadoreño” (Dalton 183). Este argumento refleja el ideal de Fanon, quien en *The Wretched of the Earth* arguye que el primer paso para fomentar el desarrollo de una nación es la valoración de sus propios recursos y métodos de producción (ver Fanon 55). Otro poeta comenta que lo necesario no es el desarrollo de una identidad moderna, sino la construcción cultural de un pasado, “un nivel decente que sirva de punto de partida para una obra seria, duradera” (Dalton 180). Sin embargo, los poetas también señalan la dificultad en la auto-construcción de una identidad nacional. Si bien lo primordial es concretar la esencia de lo salvadoreño, “ahí te das”, recalca un poeta, “de hocico contra la injusticia y la miseria”. En un país donde más de la mitad de la población es analfabeta, dice otro, el ensayo político y la novela no pueden generar un cambio social (Dalton 184).

La función del nuevo intelectual, como sugiere Gramsci, “can no longer consist in eloquence [...] but in active participation in practical life, as constructor, organizer, ‘permanent persuader’ and not just a simple orator” (10). Estos jóvenes se comprometen a la creación de una identidad nacional pero admiten las dificultades en pasar de la literatura a un cambio social concreto. De hecho, Claudia Gilman señala la dificultad del “deslizamiento entre dos polos”, entre el compromiso literario del autor, de generar una obra vanguardista y realista, y el compromiso político o revolucionario. Este, apunta Gilman, “implicaba siempre alguna clase de intervención intelectual que *excedía* la producción literaria o artística en cuestión” (144-145). Es esto lo que se debate en “Todos” y lo que jamás se soluciona en la obra. Inclusive la pregunta sobre el papel social del intelectual revolucionario citada arriba es planteada por el poeta luego de la frase “fuera de escribir, pintar, esculpir, hacer política progresista ...” (Dalton 183). La función práctica del intelectual se plantea *después de* la función literaria y retórica. Son las palabras, como dice uno de los poetas, “mis damas y mis cholinas ... Con las palabras albañileo, deportivizo y hago templos para la oficina, el hogar o la playa. Con las palabras cometo abusos deshonestos y evito la gran desfloración.” (Dalton 139). La teoría y el discurso intelectual toman precedencia a la acción revolucionaria –por lo cual el intelectual de Gramsci no se materializa en

los poetas de Dalton. Estos jóvenes muestran como “el problema compromiso de la obra/ compromiso del autor supone una tensión permanente, [e] implica un reenvío constante entre los dos extremos cuya estabilidad parece imposible” (Gilman 147).

“Todos” es, a la vez, una larga reflexión sobre el capital cultural que manejan los jóvenes revolucionarios. En términos de Pierre Bourdieu, el capital cultural representa el valor simbólico que objetos, costumbres, etc., otorgan a aquellos que los adoptan y encarnan (*embody*) (ver Bourdieu, “*The Forms*” 241). Es decir, la inscripción en un sistema (de clase, según Bourdieu) a través de la asimilación e implementación de ciertas formas de capital. En la obra de Dalton, y en especial en “Todos”, esto se observa a través de la enorme cantidad de referencias, sobre todo literarias, que rigen las interrogantes y los discursos de los poetas. Para estos jóvenes, no se trata solo de discutir las ideas de escritores como Hemingway, Apollinaire, Toynbee y Faulkner (uso a la vez problemático, pues ni la mayoría de autores mencionados son marxistas ni sus discursos similares), ni de aplicarlas a contextos locales como lo habrían hecho, según Rama, los intelectuales de principios del XX. Es más bien un intento de adquirir y encarnar un capital cultural; los poetas, inclusive, se apodan con los nombres de estos autores, buscando inscribirse en sus realidades –ejemplificando, de hecho, lo que Bourdieu caracteriza como el “embodied state” del capital cultural–. “Sos un Emilio Zola, preso por deudas y con el dedo gordo inconado”, dice uno de los poetas; “Nadie lo duda, Gorki. Zámpate otro travieso”, dice otro (Dalton 186). Que los poetas se refieran entre ellos con estos nombres señala también su dislocación para con la misma situación salvadoreña a la que intentan mejorar. Los intelectuales actúan como voceadores de teorías y corrientes literarias occidentales; al “convertirse” en Zola y Gorki, los poetas ponen de lado su identidad salvadoreña para adherirse a una cultura, literaria e intelectual, extranjera.

Las teorías y los autores occidentales que debaten los protagonistas, sin embargo, no representan la totalidad de las referencias en el gran archivo literario que es “Todos”. Como ha sugerido Bourdieu, el sujeto se define a través de distinciones de “gusto” (*taste*) –literario, en este caso–: “Social subjects, classified by their classifications, distinguish themselves by the

distinctions they make, between the beautiful and the ugly, the distinguished and the vulgar.” (*Distinction* xxix). La asimilación del capital cultural de los poetas de Dalton requiere, a la vez, su distinción, o alejamiento, de otras formas, géneros o representaciones literarias. Así, los jóvenes buscan distinguirse de gran parte de sus tradiciones literarias nacionales pues estas no responden a las teorías a las que se adhieren. Exceptuando a Asturias (el “Gran Maya” y “Miguel Ángel Asturias con A de América” [Dalton 173]) –calificación ciertamente problemática, teniendo en cuenta la representación poco realista del indio en *Hombres de maíz*– los jóvenes rechazan los cánones nacionales establecidos: “Y la poesía patriótica es todavía peor entre nosotros. Con una tradición como la que tenemos en que el himno nacional tiene la letra de uno de los peores poetas [...] don Juan Chepe Cañas, tenemos suficiente”, se burla uno de ellos (Dalton 162). De forma semejante, cuando el coronel Buenaventura les pide que reciten algo del poeta Alfredo Espino, uno de los jóvenes le contesta: “Alfredo Espino le cantó a los pajaritos y a los árboles de nuestro campo y no vio que en los ranchos de paja los campesinos se morían de hambre y enfermedades curables” (Dalton 201). Esta problematización del canon se basa en que estos autores no pueden responder a los problemas sociales del país y, por ende, no pueden servir de base para los nuevos modelos de literatura comprometida que esposan los jóvenes de la obra. Como señala uno de ellos: “No tenemos maestros aquí adentro [...] maestros, guías, ejemplos, *marxistas*. Para la juventud en general. Y en nuestro caso específico, de poetas marxistas.” (Dalton 173, énfasis original). La imposibilidad, según ellos, de encontrar modelos literarios revela la necesidad no solo de cuestionar el canon nacional, sino de adherirse a cánones extranjeros y “abrir los ojos al mundo” (Dalton 173).

Sin embargo, ciertas instancias en la conversación de “Todos” revelan que, si bien hay un cuestionamiento del compromiso de la literatura en la revolución, los jóvenes parecen estar más interesados en su participación en una cultura, un *lifestyle* bohemio literario/europeo, que en la superación social del pueblo. Dice uno de los poetas:

Y también pasa que no solo de pan vive el *man*, digo el hombre. Me parece muy bien luchar por un programa que dé al pueblo que comer, como vestirse. Pero para mí que ese programa debe contemplar también que yo necesito aprender francés y tener una suscripción anual de *Le Monde* y *Paris Match*. (Dalton 183).

El uso de estas referencias llama la atención. Si bien *Le Monde* es una publicación de periodismo y actualidad, con un enfoque en la política nacional, *Paris Match* es una revista de vanidades, dedicada sobre todo al mundo del espectáculo. Esto sugeriría que la verdadera preocupación de los poetas es obtener un capital cultural que les permita pertenecer a un grupo social (más que estrictamente intelectual) extranjero y cosmopolita. Lejos de un deseo de democratización de los saberes, los jóvenes se distinguen del pueblo en la medida en que rechazan la literatura y cultura local. Los poetas resaltan su deseo de seguir viviendo su vida pequeñoburguesa para poder libremente adentrarse en las corrientes literarias, culturales y sociales europeas. Esto quizás demuestre cómo, según ha señalado Nicola Miller, “intellectuals – far from fulfilling a representative role as the ‘voice of the voiceless’ –served to perpetuate a social order in which popular demands were ignored or repressed” (2). Parece ser esto, a la vez, lo que advierte Fanon, quien señala que Latinoamérica da un buen ejemplo de la inhabilidad de las clases privilegiadas de formar la vanguardia de la revolución: “We thus arrive at the conclusion that this micro bourgeoisie, despite all the fanfare, is doomed to make no headway.” (118).

De hecho, detrás de las diversas referencias literarias, las cuestiones sobre el canon y la búsqueda de un capital cultural, “Todos” demuestra no solo la dificultad en reconciliar el discurso revolucionario y la acción requerida, sino también la indisposición de los jóvenes protagonistas de actuar como mediadores –el rol que, según las teorías que esposan, les corresponde–. Refiriéndose específicamente a México, pero sin duda con aplicaciones al caso centroamericano, Enrique Krauze ha señalado sobre las izquierdas de estas décadas:

La nueva izquierda no estaba integrada, como en los años treinta, por sindicatos obreros, el Partido Comunista [...] La nueva izquierda era sobre todo –esa era la gran novedad– un contingente universitario de clase media. (ch.2).

Contingente universitario al cual, como apunta Franco, muchos estudiantes se unían para expurgar el “pecado original” de pertenecer a la clase media (88). Mario explica cómo Roberto, José y otros estudiantes recorrieron “las poblaciones y las zonas rurales, para explicar principalmente a los campesinos sus derechos constitucionales (Dalton 310). Sin embargo, estas son instancias breves y aisladas en la obra de Dalton, y corresponden a alusiones más que eventos. Rama, aun cuando elogia a Dalton, se refiere al “arrogante origen pequeñoburgués” de los grupos intelectuales insurgentes. Su “implícito desprecio por las concretas y reales demandas populares ha causado demasiadas catástrofes a la propia causa revolucionaria”, critica Rama (“Roque” 182).

Este *desprecio* que señala el crítico uruguayo es más que evidente en “Todos”. “Que *indio* más trompudo este bandejero: si no agarramos luego-luego, nos deja silbando en la loma, el hijuemil cebollas”, comentan los poetas sobre un mesero; “un indio menos, una tortilla más”, dice alguien después (Dalton 141; énfasis mío, J.Ch.). Esta breve instancia revela un discurso racista subyacente: la distinción con el empleado –que de hecho representaría a toda una clase social– no se basa solo en términos educacionales, o inclusive clasistas, sino que está arraigado en una diferencia racial. Arias ha señalado el efecto del discurso racial en Centroamérica, que suponía la superioridad de la raza blanca y que buscaba silenciar u ocultar todos los rasgos de la cultura indígena. El escritor guatemalteco sostiene que el discurso racista “pretendía ilusoriamente que si uno imitaba el comportamiento metropolitano automáticamente se convertía en sujeto occidental”, sin tomar en cuenta el color de la piel (48). De aquí también que los poetas se refieran los unos a los otros de Schopenhauer, Gorki y Zola: se distancian intelectual y racialmente de los “indios” que trabajan durante la fiesta; su capital cultural indica que ellos

pertenecen a otra “categoría” de salvadoreños que está al tanto de la vida y el pensamiento europeo, ciertamente superiores a las masas.

“Todos”, de este modo, funciona en varios niveles. Es una indagación sobre el compromiso social del intelectual y el rol de la literatura en una revolución socialista. Esto esconde, sin embargo, otros propósitos de los jóvenes intelectuales, que poco tienen que ver con el dogma marxista: distinguirse, social, educacional y racialmente de las masas, y buscar no una reforma marxista sino la prolongación de su lugar en la sociedad. De hecho, la misma crítica al canon literario resulta sumamente irónica: el discurso intelectual que abogan los poetas, el cual cita a Lenin y Gorki y es solo accesible a una clase social privilegiada, si bien nota el sufrimiento de la clase baja, a diferencia de las obras de Espino o Cañas, tampoco puede solucionar estos problemas por sí mismo. Desde luego, la novela también funciona a un nivel metatextual, pues Dalton, al cuestionar el papel de la literatura, también problematiza su propia obra y, específicamente, las innovaciones literarias que emplea. Esto se observa directamente en el capítulo “Todos” que, si bien es en su totalidad un diálogo entre varios protagonistas, prescinde de los nombres de sus participantes. El anonimato conlleva la dificultad –si no la imposibilidad– de discernir al enunciante; en sí, esta técnica problematiza al discurso intelectual, pues no se sabe hasta qué punto estas opiniones son coherentes, irónicas o inclusive contradictorias. Más aun, al eliminar al “autor” de los discursos pronunciados se elimina, en cierta medida, su responsabilidad. Es decir, escondidos detrás del velo de la innovación literaria de Dalton, los poetas pueden revelar sus verdaderos propósitos y expectativas de la revolución –y mostrar, desde luego, las ideas racistas y clasistas que subyacen sus discursos revolucionarios–. Si bien “Todos”, al eliminar las voces autorales sugiere un colectivismo no presente en los otros capítulos “individuales” de la obra, este colectivo no representa de ningún modo al “intelectual colectivo” al que señala Gramsci, aquella entidad “que expresa la voluntad colectiva de emancipación y garantiza la cohesión interna de las fuerzas del progreso” (Picó y Pecourt 46).

El resultado es una crítica sobre las mismas técnicas literarias que emplea Dalton y, de esta forma, sobre la literatura en general. Esto revela una preocupación extra-literaria en el autor, que

últimamente encuentra su solución en la vida misma de Dalton. De hecho, el autor alude a ello en la obra: la otra opción para el papel social del intelectual que sale a colación en “Todos”, formulada sin rodeos por un poeta, es “salir a poner bombas” (Dalton 183). Este comentario refleja hasta qué punto Dalton consideró la vía armada de la revolución como la función definitiva del intelectual. Jean Franco ha señalado que la llamada a los intelectuales, por parte de los movimientos revolucionarios, era de participar activamente, de forma militante si era necesario. Si bien Franco se refiere específicamente al caso de Cuba –revolución en la cual más del 60% de insurgentes asesinados fueron estudiantes e intelectuales– dicha situación se asemeja al caso de los movimientos revolucionarios centroamericanos (ver Franco 88). A la vez, Arias caracteriza la transformación de la ideología revolucionaria en las décadas de los sesenta y setenta por la adopción de la vía armada. La violencia “se convirtió en un fin en sí mismo, carente de una estrategia coherente que articulara los límites de tales implicaciones” (51). La reconciliación entre el intelectual, diestro en las teorías y la vida bohemia europea, y la militancia, en sí ya fragmentada y carente de una ideología central, se imposibilita. Para Che Guevara, símbolo máximo del “hombre nuevo”, el punto más alto en la evolución humana era el revolucionario, y había argüido que “la apuesta al futuro en la que la sociedad se embarcaba implicaba una metamorfosis que llevaba a un objetivo definido” (Gilman 154).

Mario, en sus deliberaciones, cuestiona su entendimiento y su rol dentro de la insurgencia, concluyendo: “Sinceramente comprendo a la Revolución y la hallo hermosa.” (Dalton 324). Y, según, Melgar Brizuela, José, quien es capturado, encarcelado, interrogado y amenazado de muerte, y quien aún así no delata a sus compañeros insurgentes, “es el mejor Roque Dalton del libro... [Él] es la transición plena hacia el poeta revolucionario, la superación del pobrecito poeta porque es el gran ‘close-up’ de su consciencia puesta a prueba y vencedora” (356). Esta caracterización, sin embargo, resulta problemática. Al final de la obra, José está exiliado, trabaja de diputado del Partido Comunista, viaja a varios países europeos y ha dejado de lado la escritura. Es decir, sigue llevando una vida de pequeñoburgués, cuyo aporte a la revolución salvadoreña es nulo. Si bien *Pobrecito poeta que era yo...* mantiene la esperanza, no propone

respuestas directas o alentadoras a las problemáticas a las que se enfrenta. Esto se debe, probablemente, a que dichas respuestas no existen. Quizás se pueda resumir la obra de Dalton a partir de una observación que Manlio, uno de los poetas, hace durante una reunión de estudiantes: “El problema es otro. El problema es el mismo de Adán y Eva: ¿qué podemos hacer? ¿Quiénes somos? ¿Hacia dónde marchamos? ¿Qué debemos hacer?” La respuesta no es muy alentadora: “Esperar y resistir.” (Dalton 249). Solo la vida misma del autor resuelve este problema: Dalton concluyó para sí que, después de todo, su función máxima era de llevar a cabo la lucha armada, aun cuando resultara víctima del mismo proyecto al que intentaba dar una identidad.

### **La vacuidad del discurso revolucionario en *Los compañeros***

Mario Roberto Morales, escritor y periodista guatemalteco, ha considerado *Los compañeros*, publicada en México en 1976, como la obra que introdujo la estética literaria del boom a Centroamérica (ver Morales 33). Llena de juegos e innovaciones lingüísticas, y carente de una estructura cronológica, la obra de Flores relata, en capítulos individuales, las historias de cuatro jóvenes, los cuales, de un modo u otro, son partícipes del movimiento revolucionario. Lucrecia Méndez de Penedo describe la obra como una “crítica demoledora”, la cual narra “las consecuencias del fracaso de la primera fase de la lucha guerrillera” (36).

De este modo, y de manera más contundente que en la obra de Dalton, los personajes de Flores fracasan totalmente como revolucionarios. El Bolo, el personaje más autobiográfico de la obra, y cuya vocación es la literatura, nunca llega a formar parte del grupo insurgente; Chucha Flaca acaba exiliado en México con otros ex-revolucionarios; el Rata nunca se une a las fuerzas revolucionarias y termina atrapado en la monotonía de la vida pequeñoburguesa; el Patojo, el único “verdadero revolucionario”, es capturado y elige la muerte antes de delatar a sus camaradas. A través de sus historias, Flores muestra la desilusión y derrota de toda una generación cuyas teorías no se trasladan a la práctica y cuya posición social la separa ideológicamente de las clases destituidas.

Si PPQEY critica el uso excesivo y vano de teorías y filosofías europeas, en *Los compañeros* éstas se desechan por completo. Durante un mitin de estudiantes, el Patojo, antes de partir a entrenarse a Cuba, dice: “Estar hablando era muy bonito, pero ya eso de irse a enmontañar estaba jodido.” (Flores 226). Aquí el joven recuenta cómo, esperando a un grupo de cubanos guerrilleros que los iban a entrenar, “se inició la desbandada. Unos agarraron sus chamarras otros no, unos dijeron que sí iban y otros no”. Muchos de los que decidieron salir para Cuba, recuerda el Patojo, no lo hicieron para entrenarse como revolucionarios, sino para estudiar carreras técnicas: “Eso fue lo que nos dijeron en Guatemala. Ahora estamos más embarcados que el carajo”, se lamenta (226-227). La función intelectual y la insurgencia militante se ven diametralmente opuestas; la vía armada, a la que quizás muchos intelectuales veían como complemento de sus carreras estudiantiles y literarias, requiere un sacrificio y una transformación total. En su exilio, Chucha Flaca recuerda como “Los cubanos lo miraban a uno como traidor porque estaba estudiando o descansando. Lo hacían sentir cobarde y traidor porque no se iba a echar verga a la montaña”. (92). El dilema no consiste ya no en reconciliar ambos rumbos, sino elegir uno. Para Flores, las consecuencias de tal decisión son claras: el que elige la revolución, como el Patojo, muere.

La cita previa apunta no solo a la problemática de la construcción de una identidad intelectual-revolucionaria, sino también a la actitud contra el intelectual por parte de los grupos insurgentes. “Lo que pasa es que vos sos un burguesito de mierda [...] en los pasillos te ponías a hablar de babosadas, que la dictadura del proletariado, que la lucha de clases, y a la mera hora fuiste el primero que se bailó”, acusa un insurgente exiliado a otro (106). El comentario resalta el resentimiento hacia los intelectuales, miembros de una clase media, urbana y ladina quienes “[llegaban] a Derecho con tacuchitos de estilo italiano”, y a quienes la revolución no les pertenece (106). No son estos los “intelectuales orgánicos” de Gramsci, quienes llevan a cabo las funciones organizativas y conectivas entre el estado y los modos de producción, o la clase obrera (ver Gramsci 12). El intelectual en la obra de Flores se sitúa ajeno al sufrimiento social, incapaz de servir como el agente conectivo: “*Hay que comprender de una vez por todas que esta no es*

*nuestra Revolución sino la de los desharrapados, la de los miserables, ellos tienen que hacerla...poco podemos hacer para ayudarlos*”, le dicen los exiliados a Chucha Flaca (Flores 114; cursivas son originales).

De este modo, esta es una obra de desilusión total, en la cual el fallo individual de los personajes resalta la derrota de toda una clase social y todo un proyecto ideológico. La energía y el fervor presente en “Todos”, la esperanza de la creación de una literatura y una identidad nacional nueva, se desvanece con los personajes de Flores. “*Realmente yo voy a estudiar, estoy cansado de esta vida, de esta persecución, de este exilio*”, se lamenta uno de los exiliados (112; cursivas son originales). Fracasado el proyecto, los revolucionarios buscan rehacer sus vidas, intentando recomponerse y reinstaurarse en su sociedad. “Escribí y dejate de babosadas y de dar facha de revolucionario. Vos solamente sos escritor”, le dicen al Bolo los compas del grupo insurgente al cual este intentó unirse:

Viajá, pisá, chupá, tirá tu conciencia a la mierda, que aquí estamos nosotros muriéndonos para que vos podás escribir, para que todos aprendan a escribir y a comer bien, y a tener casa y trabajo y estar alegres, sin miedo. (250-251).

Sin embargo, para Flores, no es solo la desigualdad social o el componente teórico lo que causa este fracaso. La problemática a la que alude *Los compañeros* es el individualismo de los revolucionarios: la adopción del pensamiento revolucionario y la participación armada no se eligen exclusivamente para conseguir un cambio social, sino por los beneficios individuales que puedan brindar. Para el Bolo, la revolución era una forma de acercarse a Tatiana: “Yo no soy un revolucionario [...] *Nunca lo pensé bien*, y ahora me doy cuenta, lo único que me interesaba eras tú. Por no quedar mal contigo, por no defraudarte me fui [...]” (195; énfasis mío, J.Ch.). El “nunca lo pensé bien” da a entender que para el joven la revolución era solo la manera de realizar otros deseos. Similarmente, los exiliados admiten que “no teníamos nada que hacer, que éramos huevones y el resentimiento nos empujó, además siempre anduvimos en las nubes buscando soluciones a problemas personales” (113). Arias señala que la revolución se vio como una forma

de escapatoria de la vida convencional que muchos llevaban, influenciados por la bohemia “beat” y el movimiento hippie, y que se “confundió la rebeldía revolucionaria con rebeldía adolescente” (51). El Rata, el único de los protagonistas que no se une a la revolución, se pregunta qué habría sido de él si lo hubiera hecho. Para él, la revolución hubiera sido el escape de su aburrida vida, “de la casa al trabajo del trabajo a la casa”, aunque sabe que probablemente habría muerto (Flores 182). Inclusive el Patojo, aunque logra convertirse en revolucionario, lo hace por rebeldía propia, por tomar finalmente una decisión por sí mismo:

Era la decisión más importante de mi vida y la única tomada por mí, mi madre, mi padre, los curas, los profesores, los catedráticos de la universidad, los dirigentes del partido, todos, todos habían decidido por mí. Quizás por eso me quedé sentado esperando. Era mi decisión. Era un revolucionario. (231).

Méndez de Penedo califica a la acción del Patojo como una rebeldía contra el sistema al que se ve atado; la acción militar se convierte, recalca, en “un sistema del antisistema” (44). Una vez más, la revolución es un movimiento de resistencia, una oposición a una hegemonía vigente (sea la sociedad de clase media, el gobierno o fuerzas imperialistas). La llamada a la fuerza colectiva de la revolución no es sino un conjunto de resistencias individuales.

Nuevamente, como en PPQEY, aunque de forma diferente, el “intelectual colectivo” de Gramsci no se realiza. Las razones personales de los protagonistas toman precedencia a los propósitos colectivos de la revolución; el individualismo de los jóvenes conlleva no solo a la fragmentación del proyecto revolucionario, sino también a la incongruidad de todo un discurso. De hecho, los exiliados en México representan los diversos grupos revolucionarios, los cuales eran no solo heterogéneos, sino que a veces partían de ideologías fundamentalmente opuestas. Chucha Flaca discierne, entre el grupo de exiliados, a miembros del Partido Comunista, integrantes de las FAR y militantes estudiantiles. Esto revela, como propone Arias, que “en vez de impulsarse una sola línea coherente, existieran tantas líneas como comandantes” (53). En estas divisiones y heterogeneidades se pierde el discurso de la identidad guatemalteca y se distorsiona el sentido revolucionario. Lo que queda, como en el caso de las referencias en Dalton, son

referentes sin significados, discursos vacíos que no formulan nada. Así el Patojo, describe la llamada a la acción en el mitin de estudiantes:

El muy cabrón se echó un discurso maricón y sentimentaloido, y nosotros caímos de babosos/ la revolución guatemalteca bla bla bla que los compañeros se están batiendo en las calles contra la tiranía idigorista bla bla bla/ que las fechas de marzo y abril bla bla bla bla. (Flores 227).

El discurso revolucionario es “maricón” y “sententaloide”, y la lucha contra la dictadura y las fechas de revoluciones previas quedan en el “bla bla bla”. El lenguaje mismo usado por Flores revela la banalidad en la que ha caído todo intento de un cambio social. Que el “bla bla bla” reemplace al discurso revolucionario indica no solo un referente vacío; ya ni siquiera hay palabras que lo definan. La función revolucionaria de las palabras y los discursos deja de existir al igual que la ilusión del colectivo revolucionario.

Apunta Méndez de Penedo que los personajes de Flores fluctúan entre “la rebelión frente a un medio represivo y la vacilación ante el compromiso” (41). *Los compañeros*, en su totalidad, se sitúa entre el idealismo de los proyectos revolucionarios y la desilusión a la que estos pueden conducir. Esta distinción se manifiesta en los dos grupos de revolucionarios de la obra y sus destinos respectivos: el primero, el grupo ilusionado y decidido a llevar a cabo la revolución, entre cuyas filas figuran prodigiosos insurgentes con “gran futuro”, como el Patojo y Efi, quienes son aniquilados por completo; el otro, el “Bestiario” de exiliados, como “el oso”, “la zorri” y “la gran gallina”, que acaban de esta forma deshumanizados y ridiculizados. Esta es una novela, como señala Morales, sobre “el submundo de la frustración política, las mezquindades del exilio y las debilidades de dirigentes y militantes” (34).

Rama, analizando la función del letrado como agente de cambio social al final de *La ciudad letrada*, admite la disparidad entre el intelectual y aquellos fuera de la ciudad letrada. Se trata, después de todo, dice Rama, de dos tipos distintos de poder: el de la pluma y el de la espada (ver *La ciudad* 125). Pero los letrados que analiza Rama son los intelectuales a los que Gramsci denominaría “tradicionales”, es decir los portavoces de las clases marginadas. Los intelectuales

en *Pobrecito poeta que era yo...* y *Los compañeros* son distintos. Los poetas de Dalton buscan crear una nueva generación intelectual y de este modo formular una identidad salvadoreña revolucionaria. Oponiéndose a sus antecesores literarios, los poetas se incorporan a un discurso teórico extranjero y buscan entender su situación nacional a través de este. Ello conlleva a una ideología carente de un discurso nacional propio, lo cual, junto al factor de su clase social, los desasocia de la mayoría de los salvadoreños. La imposibilidad de reconciliar este discurso intelectual y la “verdadera” revolución –la cual requería militancia– se ve presente en el discurso de Flores. El Bolo, el Patojo y Chucha Flaca ejemplifican, como sugiere Méndez de Penedo, a un personaje colectivo, “el de un sector de la juventud de la Guatemala de la década de los sesenta y setenta” (41). Esta juventud se apoderó de la ideología revolucionaria y la convirtió en una excusa para llevar a cabo otros deseos individuales. El resultado es una revolución desarticulada, la cual nunca se concreta, y cuyos miembros tienen dos opciones bastante drásticas: o abandonar el idealismo, o morir luchando.

## **Bibliografía**

Arias, Arturo. *Gestos Ceremoniales: Narrativa Centroamericana, 1960-1990*. Guatemala: Artemis & Edinter, 1998.

Bourdieu, Pierre. *Distinction: A Social Critique of the Judgement of Taste*. Trad. Richard Nice. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1984.

Bourdieu, Pierre. “The Forms of Capital”. *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*. Ed. John G. Richardson. New York: Greenwood, 1986. 241-258.

Dalton, Roque. *Pobrecito poeta que era yo...* San Salvador, El Salvador: UCA Editores, 2000.

Fanon, Frantz. *The Wretched of the Earth*. Trad. Richard Philcox. New York: Grove, 2004.

Flores, Marco Antonio. *Los compañeros*. Guatemala: F&G Editores, 2006.

Franco, Jean. *The Decline and Fall of the Lettered City: Latin America in the Cold War*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2002.

Gilman, Claudia. *Entre la pluma y el fusil: Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2012.

Gramsci, Antonio. *Selections from the Prison Notebooks*. Ed. Quintin Hoare y Geoffrey Nowell-Smith. New York: International, 2010.

Hernández, Gloria, ed. *Los compañeros: Texto fundador de la nueva novela guatemalteca*. Ciudad de Guatemala: Universidad Rafael Landívar, 2001.

Krauze, Enrique. *Redentores: Ideas y poder en América Latina*. New York: Vintage Español, 2012. Kindle.

Melgar Brizuela, Luis. “Maduración del realismo”. *Recopilación de textos sobre Roque Dalton*. Ed. Magdalena Quijano. La Habana: Casa de las Américas, 1986. 347-358.

Méndez de Penedo, Lucrecia. “Reencuentro con *Los compañeros*”. *Los compañeros: Texto fundador de la nueva novela guatemalteca*. Ed. Gloria Hernández. Ciudad de Guatemala: Universidad Rafael Landívar, 2001. 36-46.

Miller, Nicola. *In the Shadow of the State: Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth-Century Spanish America*. London: Verso, 1999.

Morales, Mario Roberto. “Marco Antonio Flores y la nueva novela”. *Los Compañeros: Texto fundador de la nueva novela guatemalteca*. Ed. Gloria Hernández. Ciudad de Guatemala: Universidad Rafael Landívar, 2001. 32-35.

Orgambide, Pedro. “La novela como pretexto”. *Recopilación de textos sobre Roque Dalton*. Ed. Magdalena Quijano. La Habana: Casa de las Américas, 1986. 364-69.

Picó, Josep, y Juan Pecourt. “El estudio de los intelectuales: una reflexión (The Study of Intellectuals: An Overview)”. *Centro de Investigaciones Sociológicas* 123 (2008): 35-58. JSTOR. Web.

Quijano, Magdalena, ed. *Recopilación de textos sobre Roque Dalton*. La Habana: Casa de las Américas, 1986.

Rama, Ángel. “Roque Dalton asesinado”. *Recopilación de textos sobre Roque Dalton*. Ed. Magdalena Quijano. La Habana: Casa de las Américas, 1986. 181-191.

Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover, NH: Ediciones del Norte, 1984.

Smith, Peter H. *Talons of the Eagle: Latin America, the United States, and the World*. New York: Oxford University Press, 2008.